



Director: José Rodríguez Fernández.

Toda la correspondencia literaria al Director, Plaza
de Mina, número 1.
No se devuelven los originales que se nos remitan.

Administración: Mina, núm. 1.

Suscripción. { En Cádiz, un mes Ptas. 0'75
Fuera de Cádiz, trimestre. . . » 3
Número suelto, 15 cénts.—Atrasado, 25 cénts.

Se publica los días 9, 16, 23 y 30 de cada mes.



GUSTAVO CARRASCO

SUMARIO

TEXTO: VELADAS TEATRALES: *En el Principal*, por Ph. — *En el Cómico*. — *En Eslava*, por Goliat. — *En el Circo-Teatro*, por Fritz. — SECCIÓN BIOGRÁFICA. — *El retrato de hoy*, por Philos. — NOVEDADES TEATRALES: Estreno del apropósito *Niño Pancho*, de autores gaditanos, por A. M. — *De aquí y de allá*, por Ramón Urejo. — *Su alteza la locura*, por Miguel Álvarez Chape. — *Impresiones*, por L. P. — NOTAS. — SECCIÓN RECREATIVA: *Charadas*, por Jofre, *soluciones*. — ANUNCIOS.

DIBUJOS: *Gustavo Carrasco* y *¿Cuando estallar la bomba!* por S. Casanova.

VELADAS TEATRALES

EN EL PRINCIPAL.

El Monaguillo, para apreciar la travesura de la Srta. Hernando, y *Al agua patos*, para solaz y recreo de los aficionados á las esculturas de carne, aparte del estreno *Niño Pancho*, de que hablamos en otra sección, han sido los *acontecimientos* de estos últimos días; sin que haya desaparecido del cartel en una semana, alternando con dichas obritas y otras más gastadas, la regocijante comedia de Pina Domínguez, *El matrimonio civil*. Lo cierto es que el teatro, sin ofrecer atractivos y brindando toda clase de molestias, se vé con frecuencia colmado de un público que llena especialmente los pisos segundo y tercero; donde se cita la crema del noble gremio de costureras, y la bohemia de las aulas; amén de los *tenorios* averiados que andan á caza de corazones fáciles.

Una zarzuela vista y oída desde el patio, no resulta la misma obra vista y oída en las alturas.

El público *de arriba*, corea, acompaña, matiza de efectos, los principales pasajes y las escenas culminantes; ya con frases oportunísimas y picantes, ya con golpes de bastón y otros ruidos más ingratos, ya con aplausos extemporáneos que son todo un poema de malicia; y siempre sacando punta y quintas esencias á los hechos y dichos más naturales y sencillos. Pero este público de los espectáculos por raciones, compuesto de gente maleante y zumbona, en su inmensa mayoría, sin ser el *vulgo necio* á quien se refería nuestro poeta del siglo de oro, parece que lo es á juzgar por sus volubilidades; no perdona á los coros que desafinan, pero tolerará las payasadas y las pornografías, con tal de reír; como sucedió en ciertas escenas del *Señor Juan de las Viñas*, y del nunca bastante bien llamado mamarracho *El murciélago alvoso*. Y cuidado que yo no for-

mo en la escuela de los escritores virtuosos, ni mucho menos, como aquél de que habla Teófilo Gautier que se asustaba de la moral de una obra é iba al teatro con su querida. Algunos de esos *Catones* pululan por los pasillos del veterano coliseo; pero la gente ya los conoce y se ríe cuando ellos hacen como que se escandalizan.

Y resulta que ya no dispongo de más espacio y no he dicho palabra de *El Monaguillo* y *Al Agua patos*. Pues, terminaré afirmando que la Srta. Hernando *no toca* todo lo bien que fuera de esperar, *El Monaguillo*. Y que las bañistas se presentaron... ¡superior!

PH.

EN EL CÓMICO.

Después de la última función de *Los Panchos* ha cerrado sus puertas.

Dícese que muy en breve abrirálas nuevamente, con una compañía de verso compuesta de actores, que han hecho su reputación en Lara, una compañía coreográfica de diez hermosas parejas, y un sexteto musical, en cuyo personal estará en mayoría el elemento femenino.

EN ESLAVA.

Ante un numeroso público verificóse el Domingo último, la cuarta representación del drama *La Reina Santa Isabel*, obra que, como en noches anteriores, agradó mucho. Distinguiéronse las Sras. Vergara (E.), Antolín (R.), y Ricafor (A). La Srta. Emilia Vergara hizo un delicioso Arcángel S. Gabriel.

Los Sres. Vergara (Ramón), Salcedo, Pozo, Rodríguez, Muñoz y Perez hicieron todo lo posible por quedar bien.

Las Srtas. Morón, Pujol, Santos y Rosario, cantaron con afinación los preciosos coros que la obra tiene.

Muy bien presentada ha sido en cuanto al decorado y maquinaria la interesante producción del malogrado Vergara.

El público selecto ha dado en concurrir á este género de espectáculos, hace tiempo no dado á conocer por esta ciudad.

El domingo rebosaba en Eslava y de él formaban parte muchas conocidas familias.

La función de dicho día estaba dividida en dos secciones. En la segunda se puso en escena el drama americano *Los Negros de la Jamaica*, original del libre pensador D. Wenceslao Iguals de Izeo, siendo muy aplaudidos todos los actores que lo desempeñaron.

GOLIAT.

EN EL CIRCO-TEATRO.

Sigue afortunada la Empresa de este teatro, pues las representaciones en él dadas por la Compañía que dirige el Sr. Mela, han llevado bastante concurrencia en la semana última.

El lunes en la primera sección, representóse el popular drama *Carlos II el hechizado*, en cuya interpretación se distinguieron los Sres. Mela é hijos, Quiroga, Berrio y Ruiz, secundados discretamente por otros artistas.

El Sr. Quiroga sestuvo y dijo con acierto el violento papel del *Padre Froilán*, no saliéndose de situación apesar de las imprecaciones de *los de arriba*: á instancias de estos, fué muerto dos veces.

La misma noche á última hora tuvo efecto el re-estreno, en dicho coliseo, de la comedia en tres actos, original de D. Miguel Echegaray, *La fuerza de un niño*. Con respecto á la obra nada podemos añadir á lo manifestado por la prensa cuando fué estrenada en la corte. Entonces se dijo que valía y era del agrado del público: del propio modo la ha juzgado el que concurrió al Circo-Teatro en la noche del lunes.

La ejecución acertada; resintiéndose, de falta de ensayos el último acto. Sobresalieron en sus respectivos papeles la Sra. Mela y los Sres. Mela (p.) y Espinosa.

El Señor Gobernador llevó numeroso auditorio que aplaudió la obra de los Sres. Ramos Carrion y Aza, interpretada con acierto por las Sras. Mayone y Benitez y los Sres. Mela, Espinosa, Castillo, Berrio, Ruiz y Quiroga. Los señores Pérez, Gómez, Martínez, etcétera... punto y aparte.

En el interesante melodrama *La Aldea de San Lorenzo*, fué muy aplaudido, con justicia, el Sr. Berrio, que estuvo verdaderamente inspirado en el papel de *Simón*: los demás artistas que tomaron parte en la obra, discretos.

El drama *La Cabaña de Tom* etc., se representó de una manera aceptable por los señores Mela, Quiroga, Berrio, Ruiz y otros.

El jueves después de la representación de la comedia, *Calvo y compañía*, se estrenó el tan anunciado drama, *Jaime el Barbudo*. Como casi nadie (por lo menos aparentemente) estaba firme en su respectivo papel, la pesca fué continua; y esto dió lugar á que todos estuviesen azorados y que, por lo tanto, se interpretará con bastantes deficiencias. El público, muy prudente.

El viénes y sábado se han puesto en escena las obras dramáticas *El Gran Galeoto*, *Los Secuestradores de Andalucía*, *Jugar al moscardón* y

Los Siete Niños de Écija y la zarzuela *Niña Pancha*, en que se ha distinguido de un modo notable, la Sra. Medina que, á instancias del público, tuvo que repetir todos los números musicales de que la obra consta.

Ha terminado la semana dramática con la representación de las obras *La Aldea de San Lorenzo* y el estreno en el repetido Circo-Teatro del melodrama, arreglo del francés por D. Ramon Valladares Saavedra, *Los Jueces francos ó el Tribunal de los invisibles*, que ha proporcionado soberbias entradas hasta el punto de haber necesidad colocar sillas delante de las butacas.

Fritz.

SECCIÓN BIOGRÁFICA

EL RETRATO DE HOY

Gustavo Carrasco es un buen barítono, pero resulta un *mal cómico*. No se ofenda la clase; para ser cómico hay que poseer el arte del finjimiento, la manera de la afectación, el secreto de la adulación, todo, en grado superlativo, no ya en las tablas, sino en el trato social. Y Carrasco carece de la flexibilidad de espinazo necesaria; no sabe adaptarse al papel que representa, y, por esto, y aún con tener preciosa voz, no representa bien los personajes y parece como que canta de mala gana y por salir del paso.

¿Tuvo verdadera vocación este artista al dedicarse al teatro? ¿Quién sabe!

Un pintor amigo mío, que *tiene cosas*, todo lo vé bajo el prisma... de los garbanzos. Acaso si Gustavo Carrasco disfrutara rentas ó encontrase otros medios de vida, abandonaría la escena.

Y no porque no haya logrado gloria, honra y provecho.

Su vida de artista, con ser breve, la envidiarían otros que siguen la carrera con más *amor*. Seis años hace que *debutó* en Madrid, en el teatro de Jovellanos y, hasta hoy, solo aplausos y expresivas demostraciones de entusiasmo, han llegado á los oídos del joven barítono. (Nació en 1862).

Estudió en el Conservatorio con D. Mariano Martín Zalazar, maestro del notabilísimo tenor de ópera Valero.

Arderius lo presentó al público de Madrid con el *Boccacio*; Berges lo contrató inmediatamente para Bilbao y Barcelona. En la ciudad condal trabajó en el Tívoli, dejando buena memoria entre los aficionados. La prensa elogió mucho á Carrasco, especialmente en las obras *El corazón y la mano* y *La Mascota*. Bajo las órdenes del

tenor cómico Pablo López, hizo al año siguiente la campaña de invierno en los teatros de Apolo y Circo de Madrid; emprendiendo luego una excursión por Portugal, con la misma compañía. En Lisboa y Oporto fué aplaudidísimo.

La zarzuela grande ó seria, vino á menos y empezó la moda del género *chico*. Carrasco no pudo escapar al influjo pernicioso de los extravíos del gusto y cayó en la tentación de las contratas ventajosas para trabajar *por horas*. ¡El que soñaba con Boccolini y Maurel, despertar en el *Don Pompeyo en Carnaval!* ¡No es triste y desoladora y terrible la realidad de la prosa de la vida? Sí; muy triste; acaso por eso Gustavo Carrasco no siente el fuego de la inspiración cuando canta y ni aún sabe disimular su enojo, cuando representa.

Ha recorrido media España, pues las empresas no lo dejan descansar. Valencia, Cartagena, Granada, Málaga, Córdoba, Valladolid, Pamploña, Burgos, Badajoz, Sevilla, etc. etc., conocen al joven barítono y los públicos todos le quieren y le aplauden.

Tiene repertorio inmenso; seguramente no hay obra grande ni chica, de barítono, que Carrasco no conozca y haya cantado.

Aún es tiempo. Gustavo Carrasco tiene condiciones para lucir y brillar en el gran arte. Voz robusta, bien timbrada, dulce en todos los registros; perfecta escuela de canto; buen oído; cultura musical exquisita; arrogante presencia; distinción; talento y amor al estudio.

¿Por qué no deja el teatro chico de una vez y se dedica á las obras serias?

Aquí, todas las noches, siempre que acaba de cantar Carrasco, dice alguien del público: ¡Qué preciosa voz! ¡Lástima de muchacho que hace esas obras! Y otras frases por el estilo.

Quien estas líneas escribe, fué compañero de la infancia del notable barítono alicantino y, sin ánimo de molestar al cantante, repite con aquellas exclamaciones del público al amigo: ¡Lástima de Gustavo Carrasco, que hace obras como *Don Pompeyo en Carnaval!*

PHILOS.

NOVEDADES TEATRALES

Estreno del apropósito en un acto, en prosa y verso, original de los Sres. D. Alfredo García Salgado y D. Federico Pérez Stella, con música de los Sres. D. Antonio Girau y D. Guillermo Hierro, titulado *Niño Pancho*.

Invocar los principios del arte y llevados del

rigor crítico, sentenciar severamente á los autores de *Niño Pancho*, sería injusto; aplaudirlos y agotar las frases del elogio en honor de ellos, fuera censurable; callar, contra las leyes de la cortesía y del compañerismo, no sería digno de nosotros. Hablemos, pues, como amigos, porque tratándose de autores gaditanos, el que firma estas líneas jamás ha extremado las críticas con intento deliberado de perjudicar á nadie, ni de matar ilusiones, si las circunstancias no le llevaron más allá de sus propósitos.

Se echa de ver en la obrita de los Sres. García Salgado y Pérez Stella, la mano del aficionado á las comedias caseras. Resulta *Niño Pancho* una zarzuelita que ni pintada para el teatrito de los señores de Soplador: entretener, hacer reír, pasar la velada agradablemente; ni más, ni menos.

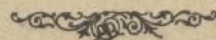
Una viuda que no quiere casarse: un primo de la viuda que viene de América y se enamora de la prima con solo ver el retrato de ella; la amiga huérfana, que se presta á la farsa; la criada que sale á la calle oportunamente para que la señora permanezca sola en casa durante la media hora necesaria; el *Don Pancho*, nuevo Mr. Cascabel, que debe llevar el equipaje debajo del brazo para cambiar de vestido cinco veces, en pocos minutos, y no halla otro medio de enamorar á su prima más que dándole la *tabarra*; todo, en fin, resulta de un sabor inocente, revela conocimiento profundo del teatro.... casero, y denota el buen humor de los autores.

La música de los Sres. Girau y Hierro (G.) no es buena, ni es mala. La danza que cantó con gusto la Srta. Guzmán, es agradable; el vals dicho con poco cariño por la Srta. Brú (Leonor, en la obra) no deja de tener carácter y elegancia; la polka de la escena del payaso, cantada, tocada y bailada por el Sr. Guzman... se la sabía todo el público la misma noche del estreno: tanto se pega al oído.

Los autores, con muy buen acuerdo, han suprimido el papel de vieja, han eliminado la imitación del asno y prohibido al Sr. Guzmán dar saltos y piruetas, en las últimas representaciones; por ello les felicitamos.

Quien sabe hacer escenas como la del poeta (la mejor de la obra) no debe contentarse con dar al teatro *Niños Panchos*. Y puesto que la fortuna les acompaña y el público ha aplaudido ya en dos ocasiones á los autores, no sería mucho exigirles nuevas producciones más originales y mejor planeadas. Adelante.

A. M.





Año de los Congresos debiera llamarse éste porque atravesamos. Espiritistas y libre-pensadores, médicos, literatos, abogados, geógrafos, pedagogos y militares, han creído llegada la ocasión de celebrar magnas asambleas y exponer en ellas los deseos, aspiraciones y tendencias propias de cada escuela y profesión.

Y como estos Congresos constituyen acontecimientos notables, por más que, en orden á resultados beneficiosos, más han producido algunos cantidades negativas que positivas, y han podido celebrarse cuando las necesidades científicas lo han exigido, debemos suponer que no la impaciencia de rectificar errores y de contrastar en la experiencia colectiva las teorías y métodos individuales, sino las circunstancias del momento, las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América, determinaron, como ocasión propicia para asegurar lucida concurrencia, la celebración de tales Asambleas.

De todos modos, bien hayan las nobles iniciativas que se lanzaron á realizar tamañas empresas, rindiendo, por escasos que sean sus resultados positivos y prácticos, el homenaje más adecuado que las naciones civilizadas pueden tributar á la esclarecida é inextinguible memoria del inmortal Colón.

Después de tantas necedades como se digeron en veladas, folletos y discursos, antes de empezar las fiestas del Centenario, acerca de la conducta, dotes y hechos del insigne navegante, justo era ofrecerle una reparación satisfactoria, uniendo á su imperecedero recuerdo la celebración de los mencionados Congresos. Es evidente que más dicen en honor del que descubrió el Nuevo-Mundo las palabras del Dr. Pulido, por ejemplo, cuando recordó, en una de las sesiones del Congreso Médico, alguna de las preciosas sustancias que al continente americano debemos para alivio de la humanidad doliente, que todo el inmenso fárrago de enfadosas disertaciones dirigidas, según resulta, á empequeñecer tan alta per-

sonalidad relatando circunstanciadamente hasta sus galantes aventuras. Lo cual equivale á tanto como negar la figura esférica de la Tierra, fundándose en que la superficie presenta elevaciones y depresiones.

Mientras la imaginación pinta nuestras ideas y pensamientos con los brillantes colores del más lisonjero optimismo, haciéndonos creer, siquiera momentáneamente, que vivimos en el más perfecto y mejor organizado de los mundos, la realidad, serena y fría, eterna pobladora de los momentos del tiempo, lanza brutalmente á la faz de la humanidad estremecida uno de esos avisos, quizás providenciales, siempre imponentes, que le hacen recordar que vive en perpétuo desequilibrio. El estampido que en la Comisaría de la calle de *Bons Enfants*, de París, atronó y estremeció la Villa, ha llegado á todas las naciones de la tierra, produciendo general indignación.

Causan profundo horror los detalles de la catástrofe, cuya impresión no puede ser aminorada ó amortiguada por la egoísta consideración de que haya ocurrido en extraño suelo; porque el sólo instinto es bastante para despertar los recelos de todos los pueblos, aquejados del mismo mal y temerosos de parecidos conflictos.

Tan criminales atentados no encuentran eficaz y absoluto remedio en la captura y ejemplar castigo de sus miserables ejecutores ni son manifestaciones de causas locales. El mal extiende sus raíces á todas partes y amenaza por su base el medio social en que vivimos.

Aun analizadas y descubiertas las causas que lo producen, no han de desaparecer repentinamente sus efectos. La empresa exige muchos años, quizás siglos, para su completa realización; como que no son males ayer iniciados, sino que proceden de muchas generaciones, todas las cuales se reflejan en la presente, á la que han transmitido las deficiencias que ellas á su vez recibieron de otras y aumentaron con sus propias tendencias y extravíos.

Así, de generación á generación en la humanidad, como de padres á hijos en la familia, vanse transmitiendo toda suerte de achaques sociales por inevitable herencia tristemente acrecentada con sucesivas acumulaciones.

No es tan fácil como á primera vista parece presumir de donde parten planes tan satánicos, que se traducen en hechos incalificables como el que arriba apuntamos, ni los móviles que puedan impulsar al que los concibe y realiza.

En fin: gran decubridor de secretos es el tiempo, y, por lo tanto, debemos aguardar pacientemente sus revelaciones.

RAMÓN UREJO.

SU ALTEZA LA LOCURA

¡Anda, morena! ¡Cualquiera aguanta esta algarabía! ¿Qué demonio me ha traído á este palacio de chillones? ¿Estoy condenado á que me lleven y me traigan, y me zarandeen como si fuera un Juan de las Viñas?—¿Y tú para qué eres loco? dijeron á mi espalda.

De un salto me volví á quien de manera tan descarada me ponía de demente, y me encontré con una muchacha, ¡caracoles, y qué guapa! Tenía unos ojos, ¡qué ojos, ojazos! negros, que despedían unos destellos tan intensos, que, vamos, no se les podía mirar un rato seguido. Un cabello negro como lo que es negro, y que suelto en ondas, se esparcía por sus hombros y espalda desnudos y blancos como lo que es blanco. Su boca pequeña y roja, parecía una cereza partida en dos, y su nariz era de corte griego; digo, yo nunca he visto á ninguna griega, pero á mí que no me digan que no era griega aquella nariz. Su cuerpo era flexible, esbelto, ideal; todo cubierto de cascabeles de plata, cosidos con hilillo de oro al traje corto y cenido, compuesto de rasos, sedas y encajes de todos los colores habidos y por haber. Un gorrito estrambótico coronaba su cabeza de hada. El conjunto era encantador, y el rostro aquél, en que la alegría se reflejaba, aturdí con su aire picaresco; vaya, que tenía aquella cara más intenciones que un toro de Miura.

Siempre me ha producido mucho efecto la belleza femenina; ha sido un defectillo de toda mi vida, bien excusable por cierto. Descubrí mi cabeza, y haciendo la más graciosa reverencia que encontré á mano, le dije:—Hermosa joven; niña seductora que... Iba á decir muchas cosas bastante cursis, cuando ella soltó la carcajada, y dijo:—Repito que estás loco.—¡Ay, que salero, me tutea! Y, vamos, ¿por qué estoy loco?—Todos los que escribís para el público lo estais. ¿Qué os produce la pluma? Nada, como no sean desazones.—Es cierto, comprendo que se me fué el santo al cielo. Pero en fin, lo que á mí me interesa es saber en donde estoy.—En mi palacio.—¿Quién me ha traído?—La ilusión.—¿Y usted quién es?—La locura.

Me quedé como quien vé visiones. Yo me había figurado que la locura sería muy fea, y me encontraba con una locura que lo volvía á uno tonto. De mi ensimismamiento me sacó su voz que me dijo:—Ven, quiero enseñarte mi baraja, para que puedas contar algo nuevo á aquellos locos de la tierra.—Ciñó su brazo á mi cuello, ceñí su cintura con mi brazo, y así unidos dimos á andar por las galerías del palacio.

Llegamos al salón del trono, y me dijo S. A.—Te enseñaré las sotas, los caballos, los reyes y los ases. Con eso tendrás bastante para formarte una idea de los naipes con que me divierto.—A un lacayo chillón que allí había le dió orden de traer á los reyes, y á poco estos aparecieron.

Eran cuatro, y cada uno sujetaba un pico de un cuadrado y extenso pergamino, y de él tiraba con fuerza pegando á los otros reyes, insultándoles y gritando:—¡Esto es mio! ¡Esto es mio!—Detrás, formando cuatro grupos diversos, venía una multitud de gente. Todos gritaban armando una algarabía infernal.

—Eh! les grité. ¿Qué diablos os pasa?—Los cuatro reyes dijeron á la vez:—Que estos tunos me quieren quitar lo que es mio.—S. A. murmuró á mi oído:—Lo que tienen entre manos es el mapa del mundo, conque ya comprenderás...—¡Zapel!, dije sin poderme contener. ¡Qué locura! ¿Os habeis creído formalmente que *eso* es vuestro? *Eso* es de todos. El mismo derecho teneis vosotros á él que yo. ¡Vaya, hombre! ¿Qué privilegio teneis sobre los demás? ¿El tener el número 12 en la baraja? Suerte, solo suerte, pero no otra cosa.—Y como empezaran á vociferar les grité incomodado:—¡Largo! ó los arrojo á palos de aquí; ¡fuera!

Se marcharon, y detrás seguía la gente que después de ellos en el salón había entrado, cuando detuve á unos que marchaban inclinados hacia el suelo.—¿Por qué andais tan doblados como un papel? les dije.—Somos los aduladores, me contestaron, que inclinamos la cabeza ante la voluntad de los poderosos. Siempre se nos vé con la sonrisa en los labios. Que hace una necesidad nuestro señor, la elogiamos y nos reimos como si fuera una gracia. Que comete un crimen, decimos que es justicia, y siempre nos parece bien todo lo que le place, y mal lo que le contraría.—Polillas, polillas, fuera de aquí. Andad, miserables aduladores, que teneis la locura más infame que puede darse.

Venían otros que no hacían más que comer con ansias la comida que sacaban de una enorme cartera.—¿Quiénes son esos? pregunte á S. A.—Ministros.—¡Diablo, como tragan! Que pasen.—Y siguieron pasando todos, cada uno con su locura.

—Ahora los caballos, dijo S. A., y al punto sonaron toques de cornetas y ruido de tambores, acompañados de una gritería que daba espanto. Se abrieron las puertas del salón, y en tropel entraron dos ejércitos formidables, con su caballería, su infantería y su artillería, dándose mandos con sus sables, atravesándose con las bayonetas, y pegándose cada tiro que temblaba la

casa.—¡Anda, caray! ¡Estos están furiosos! ¡Que les pongan la camisa de fuerza! exclamé todo asustado.—No tengas miedo, me dijo S. A. oprimiendo mi cabeza contra su seno; pero viendo que yo temblaba, mandó retirarse á aquellos energúmenos.

—¡Ay! dije dando un suspiro de satisfacción. Esta locura es infernal.—Cada vez que se excitan estos locos, hay un desastre.—¡Dios nos libre y nos defienda de ellos!—En esto oímos sonar trompas de caza, y abriéndose otra vez las puertas del salón, entró una zorra corriendo y desapareció por otra puerta. Detrás de ella, á galope tendido, llegaron muchos caballos con sus ginetes encima, y desaparecieron por donde la zorra.—Así se pasan la vida, exclamó S. A., persiguiendo la zorra.—Parece mentira, dije, que una zorra ponga en movimiento á tantos hombres.—Siempre es así, por una futilidad, las gentes corren y se alborotan.

—Las sotas van á llegar.—¡No, no por Dios! No quiero ver más que ya estoy aturdido.—Por lo menos has de ver el as de oros.—Veamos.

Entró rodando una moneda de oro, grande y gruesa como una rueda de molino. Guardando el equilibrio encima, venía una vieja más fea que el demonio, tendiéndole la mano á la gente. Esta procuraba sujetarse á ella, y subir sobre la moneda, lo que conseguían muy pocas personas. La mayor parte resbalaba, y era aplastada por el as de oros. Algunos lograban cojerse á la vieja, y, cuando ya se veían sobre la moneda, la bruja aquella abría la mano, y dejándolos caer, eran aplastados.

—¿Quien es esa vieja? pregunté á S. A.—La ambición; me contestó.—¡Caramba y que fea es! Pero esos necios, ¿en qué diablos piensan que no quieren más que cojerle la mano? ¿No ven los insensatos que los pedestales de oro son los que más pronto vienen al suelo, y cuando caen arrastran á la infamia á los que llegaron á trepar á aquella altura tan mezquina? ¡Vamos; están locos!.....

De entre los pliegues del manto negro que encubría á la ambición, saltó una furia al suelo, empezó á echarse por tierra y á levantarse, y á este quiero, á este no quiero, dió en morder á unos y á otros, mutilando á éste y tragándose por completo á aquél.—¡Ay qué demonio! exclamé muerto de miedo.—No tengas cuidado; dijo S. A. Es la Bolsa.—¡Zape, y que manera de engullir!..... ¡Pero qué insensatos! Poner la tranquilidad y el porvenir al azar de un juego es una locura! Pónganlos en el trabajo, y serán más cuerdos y más morales.

Saciada el hambre de aquella furia, volvió al manto, pero de otro pliegue de él, salió otra peor que la primera. Cogía á las personas y las abría por el vientre; de él sacaba un pergamino escrito, y se lo tragaba, dejando al herido revolcarse entre dolores. Puse atención, y pude leer varios pergaminos. Unos decían: «Matrimonio», otros «Honradez», muchos «Pureza», más «Virginitad», gran número «Vergüenza», mayor número «Dignidad», etc.

Yo estaba asombrado. ¿Qué quería decir aquello? Todo lo comprendí, cuando me dijo S. A.—La compra y la venta.—¡Recorcholis, es verdad! Locos furiosos, locos furiosos los que entregan las cosas más nobles á la especulación. Miren lo que hace con ellas, se las traga, y deja entre los dolores de una conciencia intranquila, al que se arroja en sus brazos. ¡Dios me libre de tal locura! ¡Me espanta! ¡Me horroriza! ¡Basta ya! ¡No quiero ver más!

A una señal de S. A. todo desapareció, y yo le pedí permiso para retirarme. ¿Pero por dónde? ¡oh Dios! La ilusión me había traído; la ilusión me tenía que llevar. La locura me cogió en sus brazos. Suave aroma exhalaba su cuerpo, que aturdió y aletargaba. Su dulce calor me envolvía, y su aliento perfumaba mi rostro. A mis ojos se presentaba como la diosa de la voluptuosidad. La sangre fluía á mi cabeza, y mi corazón latía apresurado. Sentía llegar un desvanecimiento embriagador. Los labios de la locura se entreabrieron y se fueron acercando á los míos. Yo los miraba con ansiedad acercarse. Por fin llegaron y parecían de fuego. Yo sentí un estremecimiento, y me desmayé.

Cuando volví en mí, me hallé en la butaca en donde me había dormido, oprimiendo entre mis brazos á mi hermosísima.... gata negra.

MIGUEL ALVAREZ CHAPE.

IMPRESIONES

La nota de actualidad, que ha dado juego durante la semana en círculos literarios y reuniones, puede reducirse al entretenido pugilato entre periodistas y escritores, desde las columnas de la prensa de esta Capital.

La falta de asuntos de sensación, obliga indudablemente á los que escriben á impresionar al público que los lee de alguna manera, y este es el verdadero motivo.

En cuanto á que la sangre no llegará al mar, lo sabemos de sobra.

Como que todos son amigos.



¡Cuándo estallará la bomba!

La que se ha desencadenado es la furia poética. La afición á los versos se desarrolla de una manera asombrosa.

Si fuesen buenos, menos mal; pero algunos poetas ni con la muerte pagan sus delitos literarios.

A Colón lo han crucificado, ó mejor dicho, lo han aplastado á cantazos poéticos.

Gracias á que ya no quedan ni los huesos del gran navegante; que si quedasen restos, temblarían en la tumba.

La clase popular tergiversa ciertos nombres y en ocasiones acierta inconscientemente.

Noches pasadas salían dos mujeres del Teatro Principal y una de ellas decía á su compañera:

—¡Digo, cuando se enteren en casa que hemos visto *El Murciégalo alevoso* y *La República de Chambrá*!

En cuanto á la primera zarzuelita tenía demasiada razón en llamarla así: *El Murciélago* ó *Murciégalo*—como decía la mujer—es más bien una lechuza, que dejaría en la oscuridad á los espectadores, si el teatro estuviese alumbrado por aceite.

Respecto á la *Chambrá*, sería por las muchas que exhiben, tanto el general, como los soldados de la zarzuela.—L. P.

NOTAS.

Cambiamos desde el presente número con los apreciables colegas *La Crítica* y *Las Denuncias* de Barcelona, *La Campana Gorda* de Toledo, y *El Comercio* de las Palmas de Gran Canaria, que últimamente hemos recibido.

Al dar cuenta en nuestro último número de la visita de *La Prensa Escolar*, dijimos equivocadamente que dicho colega era quincenal, siendo así que se publica cada diez días.

La pieza musical ofrecida á nuestros lectores no vá en el número de hoy por no haber recibido aún el original.

A los señores que nos envían esta clase de composiciones, debemos advertir que no podremos complacerle sin autorización escrita de su autor ó autores.

SECCIÓN RECREATIVA

CHARADAS

I.

Una vez me vi con *todo*
Huyendo de una *tercera*;
Se libró, mas yo hasta el codo
Me enterré en el *dos primera*.

II.

Te conozco por tu *prima*
Y tú á mí por *dos tercera*;
Conque... abajo el antifaz,
Y sin mas *todo*, morena.

III.

Siempre fuiste una *segunda*
Que nunca un *todo* tuviste,
Y es *dos* lo que *prima* empachas,
Que ya no quiero ni oírte.

JOFRE.

Soluciones á las charadas del número 27.

I. CAR-MEN. II. TE-RE-SI-TA.
III. RA-MON-CI-TA.

Tipografía de J. Benítez Estudillo, Bulas 8.—Cádiz.